



# AYUNTAMIENTO DE MÉRIDA PROVINCIA DE BADAJOZ

## PLENO MUNICIPAL

Sesión **extraordinaria** celebrada en primera convocatoria el día **18 de Junio de dos mil diez.**

### Sres. Asistentes

#### ALCALDE

D. José Ángel Calle Gragera

#### CONCEJALES

Dña. Estrella Gordillo Vaquero

Dña. Elisa Muñoz Godoy

D. Juan Espino Martín

D. Julio César Fuster Flores

D. Luis Valiente López

Dña. Fernanda Ávila Núñez

D. Roberto Olivera Lunar

Dña. María Luisa Tena Hidalgo

D. José Fernández Pérez

Dña. Mercedes Moyano Valhondo

D. Manuel Jiménez Martínez

Dña. María del Pilar Vargas Maestre

D. Francisco Robustillo Robustillo

Dña. María del Carmen López del Cid

D. Juan Marrero Roig

Dña. Begoña Saussol Gallego

D. Francisco Miranda Moreno

D. Fernando Molina Alen

D. Daniel Serrano Dillana

Dña. Gema Fernández Villalobos

Dña. Esther Castaño Pérez

#### SECRETARIA GRAL DEL PLENO

Dña. Mercedes Ayala Egea



En Mérida, a dieciocho de junio de dos mil diez, previa citación al efecto, se reúnen en el Salón de sesiones de la Casa Consistorial, los Sres. indicados arriba, miembros de la Corporación Municipal, bajo la Presidencia del Sr. Alcalde, D. José Ángel Calle Gragera, asistidos por mí, la Secretaria, para celebrar la sesión conforme al Orden del Día anunciado, conocido y repartido.

Se encuentran presentes entre los Concejales del grupo de gobierno, los Consejero miembro de la Junta de Gobierno Local no concejales Srs. Rodríguez Ceballos y González Ceballos.

Se excusan, las Sras. Yáñez Quirós, Ferreira López y Moreno Benítez.

Abierto el acto por el Sr. Alcalde, siendo las 20 horas 35 minutos, previa comprobación de la existencia de quórum necesario para la válida celebración de la sesión, se trató el siguientes asuntos:

### **PUNTO ÚNICO.- NOMBRAMIENTO DE D. FÉLIX GRANDE LARA COMO HIJO PREDILECTO DE LA CIUDAD DE MÉRIDA.**

En primer lugar, el Sr. Alcalde-Presidente expuso que el objeto de la sesión de Pleno, convocada con carácter extraordinario, era culminar el expediente iniciado con el voto unánime de la Corporación Municipal, al objeto de proceder al nombramiento del emeritense D. Félix Grande Lara como Hijo Predilecto de la Ciudad. Dicho expediente había sido tramitado de conformidad con el vigente Reglamento Municipal para la concesión de Honores y Distinciones, actuado como Instructor y Secretario del mismo: el Concejel D. Julio César Fuster Flores y el funcionario Jefe de Protocolo D. Juan Antonio Rollán Gómez, respectivamente.

Asimismo, informó que al nombramiento propuesto se había adherido una extensa relación de entidades y personas físicas, destacando las siguientes:

- Excmo. Sr. Presidente de la Junta de Extremadura, D. Guillermo Fernández Vara.
- Excma. Sra. Consejera de Cultura, Dña Leonor Flores.
- Director de la Editora Regional de Extremadura, D. Luis Sáez.
- Director del Instituto Santa Eulalia, D. Cecilio Muñoz.
- Director del Museo Nacional de Arte Romano, D. José M<sup>a</sup> Álvarez.
- Director del Festival de Mérida., D. Francisco Suárez.
- D. Luis Landero.
- D. Gonzalo Hidalgo Bayal.
- D. Santos Domínguez, Catedrático de Lengua y Literatura.
- Presidente de la Asociación de Escritores de Extremadura, D. Antonio Sáez.
- Presidente de la Asociación Gallos Quiebran Albores, D. Jesús Mendo.
- D. Eugenio Fuentes.



- D. Álvaro Valverde.
- Doña Ada Salas.
- Dña Soledad Puertolas.
- D. Justo Vila.
- D. Jorge Riechmann.
- Dña Clara Janes.
- D. Eduardo Naranjo.
- Dña Pilar Molinos.
- Presidente Peña Cultural de Arte Flamenco de Mérida, D. Félix Mora.
- Presidente de la Asociación Cultural Peña Flamenca Santa Eulalia de Mérida, D. Ramón Zennerts.
- Presidente de la Asociación de Arte Flamenco de Badajoz, D. Ildefonso Castaño.
- Presidente de la Peña Flamenca de la Albuera, D. Alfonso Amores Piñero.
- Presidente de la Asociación de Vecinos de Mérida, D. Pablo Simón.
- D. José Luis Arellano.
- Presidente de la Asociación Cultural Taurina “ Cerro de San Albin”, D. Pedro García Macías.
- Presidente del Centro de Iniciativas Turísticas de Mérida, D. Ángel Texeira Brasero.
- En representación de la Real Academia, D. Manuel Pecellín Lancharro.

A continuación, el Sr. Alcalde concedió el uso de la palabra al Instructor del expediente, **D. Julio César Fuster Flores**, quien dijo:

“Alcalde, Autoridades, compañeros y compañeras de Corporación, queridos vecinos y vecinas de Mérida, estimado y querido Félix, Paca y demás familia. Buenas tardes...

Hoy es un pleno de reconocimiento literario a Félix Grande Lara y hoy en este acto institucional y literario, me van a permitir que regrese en nuestra memoria al universal D. José Saramago, que como saben ustedes, ha fallecido en el día de hoy. Así pues desde esta tribuna, nuestro mas cordial recuerdo para toda su familia.

Es para mi un honor haber sido el instructor del expediente para nombrar Hijo Predilecto de la ciudad de Mérida, a D. Félix Grande Lara, Poeta, escritor, ensayista y crítico español nacido en Mérida en 1937. Autor de múltiples facetas, es un genuino representante de la generación de poetas de la década del sesenta.

Es letrista, guitarrista y un estudioso apasionado del flamenco, al que dedicó su última obra «Paco de Lucía y Camarón de la Isla».

Ha obtenido, entre otros, los premios de poesía *Adonais* en 1963, *Alcavarán* en 1963, *Guipúzcoa* en 1965, *Eugenio d'Ors* en 1965, *Gabriel Miró* en 1966, *Casa de las Américas* en 1967, *Nacional de Literatura* en 1978, *Barcarola* en 1989 y *Premio Nacional de Letras 2004*.



De su numerosa obra deben destacarse las siguientes ediciones: *Taranto*, *Las piedras*, *Blanco Spirituals*, *Las rubaiyátas* de Horacio Martín, *Música Amenazada* y *Biografía*.

Así mismo, Félix Grande, es un magnífico aliado en la acción cultural de nuestra ciudad de Mérida. Destacar su importante participación como miembro del jurado en los premios de Poesía de la ciudad de Mérida y en el que esta edición del 2010, volveremos a necesitar de su ayuda, en el caso que acepte renovar su compromiso para la XVIª edición, que por cierto, Félix: Se ha batido el record de obras presentadas a este premio de poesía. Un total de 340 obras.

Por cierto, hablando de nuestro certamen literario de novela y de poesía, es allí en el peristilo del Teatro Romano, en la pasada edición y a propuesta del Alcalde de Mérida, ambos grupos municipales decidimos llevar de forma conjunta al pleno del 24 de septiembre del 2009 esta propuesta, aprobándose por unanimidad, hecho que agradezco en este momento a ambos grupos.

Con total seguridad, en la brevísima biografía enunciada con anterioridad, se habrán quedado muchas de las obras elaboradas, mucho trabajo sin reflejar, muchas horas invisibles para todos tus lectores y lectoras.. Por ello, se acompaña a estas intervenciones del pleno extraordinario de Discurso del instructor del expediente en el pleno institucional para el nombramiento de Félix Grande Lara, como hijo predilecto de Mérida”.

Seguidamente, abrió un turno de intervenciones a los dos portavoces de los grupos municipales presentes en la Corporación, comenzando el **Sr. Molina Alen**, del grupo Popular, con las siguientes palabras:

“Sr. Alcalde, autoridades, compañeros de corporación, Don Félix Grande y familia. Amigos y amigas. Buenas tardes.

En primer lugar, permítanme una licencia en este acto de enorme calado cultural, para dedicar un gran recuerdo al premio Nobel D. José Saramago, que en este 18 de junio nos ha dejado para siempre.

Sirvan estas palabras como un sencillo homenaje, también para él.

Félix, eres una persona de grandes convicciones, de gran lirismo y enamorado de las profundas raíces del pueblo...sobre el que se han dicho y escrito muchas cosas. De su amor por la vida, sobre su amor por la palabra, de su amor “por ese castellano de más de mil años de antigüedad”, de su amor por César Vallejo, García Lorca, Antonio Machado... Sobre su pasión por la guitarra y el flamenco, Camarón, Paco de Lucía...

Es por tanto, difícil ser original en esta exposición, pero lo voy a intentar sin adornarme de la fácil comparación de tarantas, soleares o bulerías. Sin grandes pretensiones, ni figuras literarias, si no hablándole desde el corazón, como me pide el alma.



Creo sinceramente que hoy aquí saldamos una deuda histórica:

En primer lugar, por supuesto, con la persona de Félix Grande a la que más allá de su presencia en los jurados de nuestros premios Literarios nunca se le ha reconocido públicamente y con el debido cariño, su natalicio emeritense en pleno corazón de la Mérida de los años 30, en esa calle Concordia esquina con Calvario, como nuestro buen amigo siempre resalta.

En segundo lugar, hacemos justicia con la historia de nuestra ciudad que, poco a poco, empieza a reconocer la lucha y el esfuerzo que sus 'hijos' han mantenido allende sus bimilenarias murallas, para que, poco a poco, no sólo Mérida, sino Extremadura entera, haya ido ocupando, el lugar que le corresponde en el mundo de las artes, de las letras, de la ciencia, del deporte...

Mérida ya emprendió ese camino con el nombramiento como hijos predilectos de Rufino Félix, Manuel Flores o Juan de Dios Román. Lo continuamos ahora con el de Félix Grande y próximamente con el de José María Álvarez. Todos son nombramientos con los que ojalá, Sr. Grande, hagamos nuestra, de todos, esa aseveración que usted pronunció en el vigésimo quinto aniversario del estatuto de Extremadura cuando dijo que: "lo bueno que tiene la democracia es que una vez que se da un paso, no se vuelve para atrás".

Continuar como la democracia, sin volver atrás, el sendero iniciado reconociendo a nuestros vecinos ilustres, es enriquecernos en el presente, pero también ABONAR el futuro.

Y esa debe ser nuestra labor en adelante. No sólo la de políticos, sino la de todos los ciudadanos.

Por último, no puedo terminar mi intervención sin mostrar mi desacuerdo con usted. Concretamente, con unas reflexiones acerca de la emoción. Tuve la ocasión de leerlas en una entrevista que le realizaron con motivo de la representación de Ítaca en el Teatro Español de Madrid, poco después de que fuera estrenada, en 2006, en nuestro colosal teatro romano. Entonces, usted dijo que 'la emoción es cosa de la juventud', aseveración con la que no estoy nada de acuerdo, si usted me lo permite.

Muchos de los que estamos aquí hoy no somos tan jóvenes: Y sin embargo, seguimos sintiendo como hace quince años, ó 20 ó 30 años. Yo al menos así lo percibo.

Es grande la emoción que siento hoy por ver y por ser partícipe, de cómo nuestra augusta ciudad va haciendo justicia con sus hijos, por encima de ideologías, de creencias, de colores...

Con diálogo, con respeto mutuo, con libertad. ...Esa que nos hace estar y caminar juntos.

Sólo me queda darle la enhorabuena, a usted, al instructor y al secretario de este expediente, y a Mérida por este reconocimiento y agradecerle que, sin saberlo, me haya permitido adentrarme en su vivencias, pero también en las mías y de nuevo



emocionarme con mis recuerdos de infancia, de juegos y luchas con espadas de madera y que, como los suyos, nacieron en las calles Concordia y Calvario y también con la memoria de los míos, de los que aprendí el valor de la vida y que me enseñaron la fuerza para seguir adelante siempre”.

Por el grupo Socialista, su portavoz, la **Sra. Gordillo Vaquero**, manifestó:

“Autoridades, Compañeros de Corporación, Señoras y Señores:

Poeta, escritor, ensayista, articulista y crítico, Félix Grande es un genuino representante de la generación de poetas españoles de la década de los sesenta.

Nacido en Mérida en unas circunstancias históricas especiales, los rasgos de su carácter y personalidad están determinados por esos acontecimientos, y así su formación autodidacta, su pertenencia a una familia humilde alejada de la burguesía urbana y el carácter fronterizo de la fecha de nacimiento, es lo que puede explicarnos su desubicación generacional, según Gonzalo Hidalgo Bayal, una de las voces literarias extremeñas más notables de los últimos años.

Estudioso apasionado del flamenco, al que dedicó su última obra «Paco de Lucía y Camarón de la Isla»; ha obtenido, entre otros, los premios de poesía Adonais en 1963, Eugenio d'Ors en 1965, Gabriel Miró en 1966, Casa de las Américas en 1967, el Nacional de Literatura en 1978, y en el mismo año, 2004, el Premio Nacional de Letras el año 2004 y el Premio Extremadura a la Creación. Desde algunos años después, es miembro de número de la Real Academia de Extremadura.

Pero, a pesar de estos reconocimientos a su larga trayectoria y de tantas pasiones y mundos diversos como tiene, Félix Grande es esencialmente poeta y el empleo más digno que ha dado a sus palabras es la poesía, como él mismo dijo en su discurso de recepción del Premio Nacional de las Letras Españolas: “Las palabras son el consuelo más fulminante y duradero y fraternal con que contamos para mitigar la llaga incurable de sabernos criaturas frágiles y mortales”.

Considerado un discípulo aventajado de poetas como Antonio Machado, Pablo Neruda, Federico García Lorca, César Vallejo, Miguel Hernández y Juan Ramón Jiménez, en la obra de Félix Grande se aprecian la huella surrealista y el compromiso social.

Así, entre críticos, escritores y catedráticos, su obra ha gozado de un gran reconocimiento; unos le definen como renovador de la lírica española, para otros es uno de los grandes nombres literarios de nuestro tiempo y su obra poética, narrativa y ensayística tiene ya el rotundo sabor de lo clásico. Y para sus amigos, además, es un hombre ejemplar en el mejor sentido de la palabra, comprometido con su tiempo y defensor de la dignidad de las personas.

Por todo ello, es un honor participar en este acto como portavoz del Grupo Municipal Socialista, en el que nombramos Hijo Predilecto a una persona de quien los meriteses nos sentimos orgullosos, porque su trayectoria poética y narrativa es de una



enorme calidad y por el amor y compromiso con su ciudad, participando en encuentros literarios en colegios e institutos o formando parte del Jurado del Premio literario de Poesía Ciudad de Mérida o del Patronato del Teatro Romano.

Hoy, en este Salón de Plenos, reconocemos los méritos de un extraordinario escritor y un hombre sencillo y generoso y su nombramiento como Hijo Predilecto ennoblece mucho más a esta ciudad”.

Finalmente, el Sr. Alcalde, **D. José Ángel Calle Gragera**, dio lectura a su intervención, cuyo tenor literal es el siguiente:

“Autoridades, Compañeros de Corporación, Señoras y Señores, Querido Félix, Paca, Guadalupe y demás familia:

Recuerdo a José Saramago, homenaje y agradecimiento a su influencia literaria, a su compromiso social y político.

Después de agradecer las intervenciones de los concejales que me precedieron en el uso de la palabra, quiero manifestar mi satisfacción por presidir este Pleno extraordinario, en el que vamos a saldar una deuda pendiente reconociendo la figura de un emeritense que ha dedicado su vida a la cultura y cuya base esencial de su obra ha sido el hombre.

Este acto de gratitud, como les decía, es una deuda que el Ayuntamiento de su ciudad tenía con una de las mayores voces de la poesía española pero sobre todo con una persona, como decía Machado, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Gonzalo Hidalgo dijo: “Es un acto de gratitud que Mérida honre con su predilección a quien, como Félix Grande, ha honrado y honra a Mérida con su nombre, con su obra y con sus actos”.

“Un hombre ejemplar en el mejor sentido de la palabra (Luis Landero).

Dice Félix Grande que la palabra poética es la oportunidad que tenemos todos los seres de conocer la eternidad. Yo alguna vez he afirmado que Mérida tiene nombre de mujer, y Félix Grande habla de la mujer como yo quisiera hablar de Mérida: *“Levadura del tiempo mientras el tiempo exista/ El tacto y el olfato y la lengua y la vista /junto a tu cuerpo son maneras de nacer”*.

Palabras de plata y mármol para un emeritense sencillo y solidario que en sus años más jóvenes, injertado en la tierra, trabajó en oficios humildes como el de pastor, vaquero, vinatero, vendedor ambulante, y tocaor de guitarra flamenca. Y todo lo cambió, como los Grandes, por la pluma que vence a las espadas.

Félix Grande es fresco y ágil, moderno e irreverente, trasgresor y militante, mestizo como esta ciudad que vio su parto y al barrio y la casa en la que lo parieron. El Barrio, por antonomasia.



Su lirismo rústico, su métrica sonora y despechada, tempestuosa y dura como nuestras encinas, refleja la aspereza de la realidad y contiene la belleza de lo cierto: *“Tal como van las cosas, tal como va la herida, puede venir el fin desde cualquier lugar, pero caeré diciendo que era buena la vida y que valía la pena vivir y reventar”*. Un hombre que ha conseguido la más alta condición humana, la que hace hombre al hombre, a través de las palabras, del lenguaje, de la poesía, parafraseando a Gonzalo Hidalgo.

En Félix Grande aflora la memoria privada, los recuerdos familiares de sus antepasados más cercanos, el lirismo rústico, las costumbres, los caudales de expresión, el acento pretérito, el ideal futuro, la jerga rural de la novela y la palabra certera del artículo de fondo, y un tonillo épico del que no se resigna aunque lo intente.

Su conciencia social y política, su poso de amargura, su pinta de hombre limpio y sincero, hacen suya esta Mérida que le acogió de niño.

Otra voz extremeña y universal, mi buen amigo Ángel Campos Pámpano, que nos dejó hace ya casi dos años, le preguntó en una entrevista a Félix Grande qué le quedaba de su infancia y de los años más oscuros de la Historia en Extremadura. Quiero recuperar aquí parte de su respuesta, porque Félix dijo cosas de él y de la ciudad que le vio nacer, que sirven para comprender su trayectoria vital:

*“Los sublevados invadieron Mérida el 10 de agosto de 1936. Yo era entonces un embrión de dos meses de edad en la barriga de mi madre. Allí, aquel día, a través del terror de mi madre, comencé a ser el que ya he sido siempre y el que tal vez seré siempre. En la barriga o en los brazos de mi madre aprendí que las comunidades pueden y suelen ser atroces, y que por ello la solidaridad no es un lujo moral y ni siquiera un mandato civil, sino una necesidad de la Historia y una necesidad de la conciencia. Es decir: lo más importante de cuanto sé sobre la vida lo aprendí en Mérida, en la Guerra Civil, en el horror de mi madre escuchando los fusilamientos del amanecer, en su solidaridad cuando curaba las heridas o acompañaba la agonía de los enemigos de mi padre que venían a curarse o a morir al hospital de sangre en que mi madre trabajaba”*.

Félix recuerda más adelante ambivalencias de aquellos tiempos, como vivir en la calle Concordia (¡qué nombre de calle, hoy tan necesitados como estamos de ella!), cerca de la línea del ferrocarril por la que circulaban trenes franquistas, que eran bombardeados por la aviación republicana, de manera que los bombardeos de los compañeros de su padre sacudían los cimientos de la casa en la que vivía; recuerda a gentes bondadosas que eran partidarias de los sublevados que ayudaban a su madre, y de toda esa confusión no podía quedarle otra enseñanza que la de un odio opulento, esplendoroso, contra las guerras civiles y, sobre todo, contra los perturbados y los bandidos demagogos que las provocan. “Es lo que aprendí en el principio de mi vida, y siento por ese aprendizaje la gratitud del sobreviviente, y casi del resucitado”.



Termina Félix de la mejor forma posible, hablando de su ciudad y de un asunto pendiente. Dice: *“He de encerrarme en la hemeroteca de Mérida, revisar la prensa de aquella época, tomar algunas notas... y empezar a escribir el libro que aún no he escrito, el libro que le debo a la vida, el único libro que quizá me ayudará a aprender a morir tranquilamente, con serenidad. Ese sueño de serenidad está en el principio de mi pasado, en Mérida. Ahí lo tengo que buscar”*.

Han sido numerosas las adhesiones recibidas a este nombramiento, de escritores, poetas, organismos e instituciones, pero también de emeritenses que recuerdan su paso por la ciudad, por las peñas flamencas, por las entidades taurinas, por la Feria del Libro; o su predisposición a participar en los centros educativos en encuentros literarios con los alumnos, para acercar la poesía a los escolares de forma fácil y disfrutar escuchando su producción literaria, en las que daba muestras de ser un excelente recitador.

Leed a Bécquer, si queréis enamoraros, les dijo a mis alumnos hace ya veinte años.

Este reconocimiento es el que hoy hacemos los miembros corporativos que, por todo lo aquí expuesto, acordamos que, en la persona de don Félix Grande Lara se dan las circunstancias y méritos para que el pueblo de Mérida y esta Corporación Municipal le reconozca de forma oficial, y así se lo haga saber por medio del correspondiente acuerdo Plenario, que es Hijo Predilecto de esta ciudad.

Una vez le preguntaron a Félix Grande que cómo quería morir. Respondió: *“Sonriendo”*.

Esperamos que este humilde gesto de la ciudad que le vio nacer sirva para, estoy seguro, arrancarle una sonrisa.

Con eso nos damos por satisfechos. Muchas gracias, Félix. Hoy Mérida es más noble con este acuerdo”.

Una vez realizadas las anteriores intervenciones, el Alcalde sometió el asunto objeto de orden del día a votación, siendo aprobado por unanimidad de los presentes. Tras lo cual, anunció que el Pleno adoptó el siguiente

### **ACUERDO**

**ÚNICO.-** Nombrar Hijo Predilecto de la Ciudad a D. FÉLIX GRANDE LARA.

Adoptado el anterior acuerdo, el Sr. Alcalde invitó a acceder a la Presidencia del plenario al homenajeado para entregarle el pergamino acreditativo de haber sido declarado HIJO PREDILECTO DE MÉRIDA. Una vez terminado el acto de entrega, el mismo Sr. Alcalde concedió la palabra al **D. Félix Grande Lara**, quien dirigiéndose a



la Corporación Municipal, autoridades, invitados y público asistente, hizo la siguiente exposición:

“He venido a daros las gracias y a confiaros por qué amo a Mérida tanto como he odiado a la Guerra Civil española. Presten ustedes atención, que la historia de este amor y este odio es verdadera y ejemplar, y puede que maravillosa. Es una historia que comienza en el año 1927, en un jardín rudimentario que sin embargo no carece de una vistosa fuentecilla. La fuentecilla se llama El Lorencete. Allí, junto a un Lorenzo diminutivo y portador de chorritos de agua que caen en el estanque originando una música aproximadamente celestial, platican, con la profunda gravedad y los razonamientos fornidos de la primera adolescencia, cuatro o cinco mujeres que ya tienen nada menos que quince años. Esto sucede en un domingo. A la tarde le queda poca luz. La plática trascendental de aquellas damas se detiene de pronto a causa de la presencia de un mocetón inesperado que ha avanzado hacia el grupo de mujeronas, ha clavado los pies a un metro de distancia, y ha clavado los ojos sobre los ojos de una sola de ellas. El respeto debido a los asuntos amorosos insta a las amigas de la petrificada por la mirada testaruda a retirarse un metro, dos, tres metros, desde donde contemplan el espectáculo todopoderoso de una mujer y un hombre que van a vivir juntos hasta que la muerte los separe, como Dios manda, por lo que juntan sus cabezas, se dan codazos, cuchichean, pronuncian en voz baja picardías, se ríen tapándose la boca y se entregan a la dignísima tarea de no perder detalle. La obediencia debida a esa forma del Sino que solemos llamar flechazo, insta a la dama de quince años a permanecer quieta y un poco boquiabierta, de resultas del miedo que comparece en el fondo de la revelación. El mocetón mentado ya tiene diecisiete años. Con viril certidumbre, sin dejar de mirar la miel desfavorada de los ojos de quien habrá de parir ocho hijos con su cooperación, la acorralla con estas arrogantes y certeras palabras: “Estoy bien enterao de que te llamas María Lara Pradillos”. Y agrega, para que no haya dudas sobre su desazón sicalíptica y su formalidad: “Pero yo te voy a llamar Mary, si es de tu gusto, hasta el día de mi muerte”. Mi pobre madre retrocedió unos pasos, y enseguida salió corriendo, endomingada por el espanto de su prosperidad; y mi padre consideró que no era necesario seguirla, puesto que su flamante novia corría contra el Destino... Nueve súbitos años más adelante, mi madre y mi padre se casaron por todo lo alto, con churros, leche frita, potaje a discreción con rellenos de huevo, naranjas guasintonas gordas como planetas, carne estofada con perejiles exquisitos y casi alucinógenos, anisados, coñaques, mistelas y vinos oriundos, recitados picantes alusivos a los encantamientos de la noche de bodas, lágrimas de ambas suegras, y bailes agarraos con predominio de pasodobles imperiales... y un par de días después llegó el disfrute de una luna de miel que duró desde marzo del año 1936 hasta el 18 de julio de penosa recordación. Resulta que mi padre, que era fuerte como una mula, duro como un borrico, y además secretario por el gremio de jornaleros de bodega en la Casa del Pueblo, y les tenía por tanto inclinación a don Julián Besteiro, a don Manuel Azaña y a otros ogros odiados por la secular derechona, se había apuntado en 1934 al Cuerpo de Seguridad y Asalto que fundara el señor Presidente del Gobierno republicano con la ingenua ilusión de que las diversas revoluciones y la involución en proyecto no le helaran el corazón a los españolitos lectores del profundo don Antonio Machado... Pero no adelantemos las heladas ni los braseros de la Guerra Civil. Lo que ahora corresponde es relatar que el destino militar asignado a mi padre en el año 1934 fue Extremadura, la región española secularmente cauterizada con La Mancha por medio de la Mesta, o séase el ir y venir de los animales de rumia en busca de su perduración y del medro de sus pastores. Lo que



ahora corresponde es relatar que en marzo de 1936 entró en Mérida la María en su nube de juventud, prendida como una garrapata del brazo de su hombre, fieramente dispuesta a ser la mujer más dichosa de toda la milenaria historia de la Especie. Lo que aquí corresponde es relatar cómo mi madre abría los pasmados ojos del entusiasmo al columbrar la enormidad del Arco de Trajano y del Templo de Marte, al pisar con cuidado y casi con superstición los escalones del Anfiteatro, al contemplar las piedras de dimensiones épicas del Acueducto de los Milagros, y al escuchar cómo mi padre le explicaba con mucha erudición que el Puente Romano había sido construido “hacia un montón de siglos por criaturas como tú y como yo, para que las caballerías y las personas pudieran cruzar las aguas del Guadiana tan ricamente, sin tener que nadar, ni mojarse siquiera”. Lo que aquí corresponde relatar es que mi madre, en Mérida, durante cada día y cada noche y desde marzo a julio (cuatro meses recién llegados del Paraíso Terrenal, cuatro meses recién llegados para ella desde el amanecer del Viejo Testamento, cuatro meses rumbosamente pentateucos) mi madre, María Lara, en Mérida, aquí, en Mérida, la Mary conoció la opulencia de la alegría, la elevación del regocijo y, en fin, la omnipotencia de la felicidad. Cuatro meses indestructibles... A aquellos cuatro meses, que fueron mi prehistoria, los destruyó la guerra. Y los destruyó para siempre... La historia verdadera, ejemplar y maravillosa que os prometí hace tan sólo unos minutos no ha terminado todavía: pero ahora ya sabéis por qué os dije al comenzar este relato perfumado de confesión que amo a Mérida tanto como he odiado durante todos los años de mi vida a la Guerra Civil. ¿Por qué ese odio? ¿Por qué un odio tan fiel, tan irrompible y duradero? No caeré en la descortesía de explicaros las proporciones del horror en la ciudad de Mérida durante la Guerra Civil. Pero no podréis evitar que os informe de que los nervios de mi madre fueron quebrándose uno a uno mientras veía las inocentes aguas del Guadiana prostituidas por chorreones de sangre; mientras le taladraban los oídos los silbidos ciclopeocriminales de las bombas cayendo sobre las casas y sobre las entrañas de los seres humanos; mientras las premonitorias sirenas instaban a la pobre gente a refugiarse entre las piedras para oponer un patético escudo de gritos y lágrimas y rezos al desprecio letal de los siniestros bombarderos; mientras veía, hipnotizada por el pánico, los cadáveres, derramados en medio de la calle, de quienes no habían logrado llegar hasta el refugio... Miradme. Mirad la cara de quien estáis honrando: es la cara de un hombre viejo que ha escondido durante media eternidad el semblante de un niño inflamado de miedo, y más tarde de odio. Es la cara de este señor mayor que nunca pudo ni intentó ni quiso espantar la memoria de haber vivido la fiesta de Caín, primero en la barriga de su madre y después en sus brazos. Mi madre vivió casi noventa años. Sus nervios rotos en la Guerra Civil no se soldaron nunca. Le daban ataques, amenazaba con arrojarse al pozo, gritaba como loca por someras dificultades de quince o veinte céntimos, lanzaba coscorrones a su pánico en el cogote de sus hijos. Creo que nunca le pude perdonar la herencia de terror con que sus nervios enriquecieron mis cofres de desilusión y de angustia y de culpa: quiero decir que durante mil años no pude perdonarme a mí mismo mi lealtad enfermiza a aquella enfermedad neuronal y civil de la pobre mujer que me parió entre bombas, en medio de una tribu atapuerca que había retrocedido a la prehomínida alegría de matar, a la precultural fruición del crimen... Tranquilos, señoras y señores, pues ya está agonizando la historia de mi odio. Ya pude, tan sólo hace dos años, ante la tumba de mi madre, lavar con lágrimas a su dolor y al mío. Ahora sólo me queda regresar a su tumba y contarle el final. Y ese final es muy hermoso. Escúchenme con atención, pues lo que viene ahora es importante. Verán: mi Servicio de Información, mis redes de espionaje, me han entregado una noticia succulenta. En su primera parte, la noticia me indica que



las autoridades políticas han resuelto nombrarme para siempre Hijo Predilecto de Mérida. Tenga ustedes la seguridad de que debajo de la tierra y en este instante mi madre se coloca en su rostro remoto la sonrisa del agradecimiento y del orgullo. Gracias en nombre de ella y también en mi nombre. Pero hay un detallito más importante todavía, ilimitadamente mucho más importante. Y os pido que, conmigo, lo valoréis en su contexto. Repito ese contexto, ahora de forma resumida. Primero: una guerra civil española y, repito, atapuerca, llenó a España de muertos, de vergüenza y de nervios desbaratados. Segundo: mi madre me concibió en medio de la felicidad y me parió en medio del espanto. Tercero: pasaron muchos años y un día supimos entre todos, o para ser precisos, casi todos, con coraje y con inteligencia, edificar la Democracia. Cuarto: con las tijeras de la Democracia, que los orfebres de vivir me han contado que son de oro, he podido ir cortando la hebras de mi sogá de odio, porque el odio no es bueno, y todo el mundo sabe que la sogá del odio nos ahorca. Y quinto: de aquella sogá, ¿acaso me quedaba una hebra? Si es así, en este instante esa hebra se ha disuelto, ha desaparecido, ha sido calcinada por los ácidos santos del acuerdo y de la convivencia. ¿Y esto por qué ha ocurrido? Si mi Servicio de Espionaje me ha dicho la verdad, resulta pues que ustedes, los terminales de las urnas, representantes de todas las gentes de la ciudad de Mérida, adversarios los unos de los otros y todos hijos de la Democracia y deudores de la esperanza ciudadana, ustedes, todos ustedes han resuelto darle a mi madre una alegría *por unanimidad*. La idea originaria forzosamente es de uno solo de ustedes, pero su grandeza de alma la mantiene en secreto: y con ello consigue que lo que comenzó siendo un regalo se transforma en prodigio... Lo diré de otro modo: hubo una vez un tiempo abominable en el que muchos españoles fueron unánimes en la tarea de edificar la bancarrota de la separación, el agujero de la sangre, la maldición del odio. Pasaron muchos años, vino la Democracia y de repente en mi vejez me encuentro con que todos ustedes me reciben *con unanimidad*. Ni aunque se lo explicase con la elocuencia de la congoja de todos los muertos de la Guerra Civil podrían ustedes comprender el orgullo que siento, la gratitud que sienten mi madre y mi padre desde debajo de la tierra, la esperanza que sienten mi mujer y mi hija, mis hermanos y mis cuñadas, sus hijos y sus nietos... Resumo esta fiesta, ahora fiesta de Abel, con muy pocas palabras: todos ustedes saben que yo nací ahí muy cerca, en la calle Concordia. Pues bueno, fíjense: a mi edad, hoy acabo de nacer otra vez: en la calle Concordia. ¿Cómo es posible que la palabra *Gracias* de pronto sea pequeña, así de pequeñina, aunque la he escrito con mayúscula?"

Concluyendo el Acto, el Sr. Alcalde, D. José Ángel Calle Gragera, rogó a D. Félix Grande Lara que firmase en el libro de honores municipal, lo que efectivamente hizo, constando en dicho documento el testimonio de lo escrito.

Y no habiendo más asuntos que tratar, por el Sr. Alcalde se levantó la sesión, siendo las veintiuna horas y cuarenta minutos, levantándose la presente Acta que como Secretaria General del Pleno CERTIFICO.

**EL ALCALDE**

**LA SECRETARIA**